



1080043

FONDO BIBLIOTECA PURA
DEL ESTADO DE NUEVOE.H. 66 H/138
OSCAR Y AMANDA,

ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

54551

BIBLIOTECA PURA
CAPITULO PRIMERO.

La debilidad de Amanda junta con el maré, del que sufría mucho, la obligaron á meterse en la cama entrando en el Paquebot, y de este modo hizo la travesía. Al segundo dia desembarcó y fué á alojarse al meson de la marina. Al momento envió un comisionado para que se tomase un asiento en la diligencia que debia pasar á algunas millas de Carberry Castle. Vinieron á decirle con la mayor satisfaccion que podria marchar en aquel carriage; cuyo modo de viajar era el mejor para ella que no tenia criado. Despues de tomar algunos refrescos, se sentó en el coche. Ella partió á las once de la noche con un caballero viejo, que se cubrió sin cumplimiento con un gran gorro de lana, abotonó su redingot, y durmió con un profundo sueño. Este era justamente el momento

33032

pañero de viage que necesitaba Amanda, pues no la fatigó con una insípida conversacion, ó con preguntas impertinentes, y la dejó entregada á sus meditaciones durante todo el viage. El segundo dia ácia las cuatro de la tarde llegó á la poblacion mas vecina de Carberry-Castle, en donde dejando el coche tomó una silla para llegar la misma tarde á juntarse con su padre.

Estaba ella con una gran inquietud. Temia la impresion que haria á su padre la narracion de todo lo que habia sufrido, y que no podia ocultarle: temia que no tuviese ya algun conocimiento de ello. Sin embargo, reflexionando en el valor que habia manifestado en sus pasadas desgracias se lisonjaba que soportaria las nuevas con la misma constancia, y ella misma ayudaria á sostener y cerrar las heridas de su corazon. ¡Ah! se decia á sí misma, cuando vuelva á encontrarme en sus brazos, ciertamente nada me arrancará de ellos, ni me hará volver á entrar en un mundo perverso, en donde mi reposo y mi reputacion han recibido tan terribles golpes. Así fluctuando entre el temor y la esperanza, seguia Amanda el camino de Carberry-Castle; pero el primero de estos sentimientos era el dominante.

La oscuridad de la tarde ayudaba á su abatimiento. Las nubes bajas y sombrías

anunciaban una tempestad, y caia una lluvia mezclada con nieve. El aspecto de la campiña era frio y triste; las chozas le parecian á Amanda mas miserables que lo que las habia visto en su juventud: sus pobres habitantes juntaban á sus animales que erraban por fuera para ponerlos á cubierto: los trabajadores se apresuraban á entrar á sus casas, mientras que el criado del arado silvando conducia su yunta. Las olas del mar se levantaban, y al acercarse a la costa Amanda las oia reventar con furia contra las rocas.

Ella estaba en una extrema debilidad. Su calentura no le habia dejado del todo cuando dejó la casa de Howell, y habia tomado incremento con la fatiga y falta de dormir. Solo el reposo podia restablecerla.

A corta distancia del castillo hizo parar la silla, y la despidió, á fin de poder entrar sin ruido, y hacer preparar á su padre por algun criado. Para este fin tomó en el bosque un sendero que la conducia á la casa. Ella dió un golpe á la puerta con la mano mal asegurada, y oyó que la aldaba habia difundido su ruido en el interior inhabitado, y nadie venia. En las ventanas no parecia luz alguna. La lluvia y el viento continuaban con violencia y apenas podia tenerse en pié. En fin, despues de haber esperado inútilmente, se acordó

de una pequeña puerta trasera que conducía á una habitacion para los criados. Ella se fue por allí y encontró la puerta abierta. Siguió por un largo corredor hasta la cocina, donde encontró la vieja muger del conserje delante de un gran fuego de turba. Oyendo andar, ella se volvió, y viendo á Amanda, dió un grande grito, y manifestó todos los síntomas de un extremo espanto.

¡Qué! mi buena Kate, le dijo Amanda, ¿sois vos quien os espantais de verme? ¡O Virgen santa! exclamó Kate haciendo la señal de la cruz, ¿cómo quereis que no lo esté, viendo llegar tan repentinamente á uno que no se espera? ¿Cómo se halla mi padre? dijo Amanda. ¡Ah! dijo Kate, el pobre querido capitan, despues de vuestra partida ha tenido muchos disgustos. ¿Está malo? preguntó Amanda. Malo, sí, tiene motivos para estarlo: pero mi querida Miss Fitzalan ¿qué no sabéis lo que ha sucedido despues que nos dejasteis? No, dijo Amanda.

Dios os sea en ayuda, continuó Kate; pero mi querida Miss, sentaos en este pequeño taburete, y calentaos, pues estais pálida y abatida de frio, y os lo contaré todo. Sabréis pues que ha cerca de tres semanas que mi marido trajo al capitan una carta del correo; él conoció bien por el sello que venia de Inglaterra, y cuando

volvió á la cocina me dijo: Kate, el capitan ha recibido cartas que le darán gusto, pues tendrá noticias de Miss, estoy seguro. ¡Ah! tanto mejor, le dije yo; pues sabréis, mi querida Miss, que él estaba muy triste algunos dias hacia. Pues bien, yo tenia la costumbre, todas las veces que recibia carta de Inglaterra, de ir á su cuarto luego que la habia leído, para saber noticias vuestras. De manera que me puse un delantal blanco y fuí á verle á la sala en que se encontraba. Y bien, señor, le dije, yo espero que teneis buenas nuevas de Miss Fitzalan.

El capitan estaba sentado, y con la carta abierta encima de la mesa. Tenia el pañuelo á los ojos, que se quitó para hablarme, y le ví pálido y trastornado. Esta carta, me dijo él, mi buena Kate, no es de mi hija; pero estoy contento de que hayais venido, pues tengo algunas cosas que decir. Es preciso que deje el castillo, y tengo necesidad de ver con vos si todo está en el mismo estado que cuando vine. Arreglaré las cuentas de todos los criados que he tomado, y los despacharé. Yo me aturdí del golpe: ¡Dios nos libre, señor, le dije, de que nos dejéis así!

El capitan se levantó de la silla, y se fue á la ventana, suspiró, y ví correr lágrimas sobre sus mejillas. El se dirigió aun á mi, y me suplicó que hiciese lo que me

decia, de modo que oprimido el corazon me fui á decir á Jonathan estas malas noticias. El se afligió tanto como yo, pues amaba al capitan con todo su corazon, no solo porque M. Fitzalan es un hombre de bien, sino porque es un militar, como mi marido lo ha sido en su juventud, y que un soldado ama á los suyos. Jonathan habia conocido al capitan en América, y decia que verdaderamente era caballero y un valiente oficial.

El capitan, pues, nos dijo que ya no era procurador de Lord Cherbury, y como entiendo bien de cuentas, prontamente hubo hecho las suyas y las de los criados, dándoles buenas certificaciones con las cuales seguramente encontraron buena colocacion. En seguida nos dijo que marcharia para Inglaterra al dia siguiente, é hizo todos los preparativos. Pero en aquella noche le asaltó un mal de estómago de que creyó morir; tocó la campana, y por fortuna la oyó mi marido y me hizo levantar. Yo tenia una botella de buen aguardiente que conservaba preciosamente: hice calentar una hortera y se la llevé. Con ello se alivió; pero á la mañana fue menester renunciar el ponerse en camino, lo que le disgustó mucho. Sin embargo, se levantó, y escribió muchas cartas que Jonathan trajo al correo, hizo su maleta y puso su sello sobre la secretaría. En seguida nos de-

claró que no queria quedarse un momento mas en la casa, y habiendo Jonathan vuelto del correo, se apoyó sobre su brazo, y fue á tomar un alojamiento en casa de Thady-Bryne, á quien conocéis.

Consternada Amanda por esta relacion, y pronta á desmayarse, exclamó: ¡Dios de bondad, sostenedme en este momento de tan terrible prueba; dadme fuerza para socorrer á mi desgraciado padre! Las lágrimas acompañaron tan fervorosa oracion, y su voz estaba sofocada por sus suspiros.

¡Ayl dijo la buena Kate, no os aflijais tanto, mi querida Miss; no perecen todos los que están en peligro, y uno deja mas pescado que no coje; aunque hoy llueva, puede hacer buen dia mañana. Vuestra sola virtud hará un bien al capitan. Vamos, tranquilizaos, yo os daré para cenar excelentes patatas que se cuecen en esta olla, y manteca fresca batida, y mientras comeréis un bocado Jonathan podrá volver de la ciudad á donde ha ido á buscar carne para comer el domingo, y entonces yo misma os conduciré á casa de Thady.

¡Oh! no, mi buena Kate, dijo Amanda; es preciso que vaya al instante al lado de mi padre; cada momento de tardanza es un siglo para mí. Yo le he descuidado demasiado, y demasiado tiempo le he dejado solo, y sin un amigo que pueda consolar sus penas. ¡Oh, mi Dios! dijo ella

levantando sus manos juntas al cielo, ¡haced que no llegue demasiado tarde!

Inútilmente le instó Kate á que esperase la vuelta de Jonathan. Su impaciencia de ver á su padre le hacia contar por nada el inconveniente de ir sola en una noche negra y borrascosa: Kate, no pudiendo detenerla, la condujo á la puerta, asegurándole que luego que Jonathan estuviera de vuelta, ella iria á casa de Thady: Amanda se lo agradeció apretándole la mano. Enferma, débil y desalentada se habia lisonjeado encontrar al lado de su padre el socorro, el apoyo y los consuelos, y ahora debia tributar á su corazon despedazado de dolor todos sus cuidados, ó á lo menos procurárselos. Hasta entónces habia experimentado grandes desgracias; pero aun no habia conocido los horrores de la pobreza. Hasta entónces habia tenido un asilo, en el dia no solo le faltaban los medios de procurarse uno, pero ni aun podia acudir á sus primeras necesidades.

Esta situacion le era aun mas penosa por su padre que por sí misma. Si ella hubiese podido serle de algun socorro, esto solo habria endulzado su propia situacion; pero por esta parte no tenia esperanza alguna. Su padre hacia poco tiempo que estaba encargado de los negocios de Lord Cherbury, y no habia podido hacer ningun ahorro, siendo deudor á este

aun antes de encargarse de la administracion de Carberry-Castle. Ella no conocia á nadie á quien pudiese su padre dirigirse en sus necesidades. Lord Cherbury le habia ayudado hasta entónces; pero era claro que Fitzalan habia perdido su amistad, pues que cesaba de ser empleado por él. La desgraciada Amanda no veia pues medio alguno de escapar de la miseria, de este monstruo hambriento, pronto ya á alcanzarla.

La tempestad habia llegado á ser aun mas violenta; pero era nada en comparacion de la que agitaba el seno de Amanda. Las olas se estrellaban con furor contra las rocas y los espíritus maritimos se ponian colorados. La lluvia caia á torrentes, y traspasó luego los ligeros vestidos de Amanda. Tenia media milla que andar por un camino escabroso teniendo á un lado una cordillera de rocas, y al otro campos despejados y desiertos. Conocia á los habitantes de la casa en que su padre se habia retirado, que eran de los mas pobres de la aldea. Les habia dado á su llegada á Carberry-Castle algunos socorros que les habian sacado de una grande miseria. Pero aunque su casa fuese una de las mas habitables, con todo era aun una pobre habitacion; sin embargo, Amanda se encontró feliz de llegar á ella, pues la violencia de la tempestad y la soledad del ca-

mino la habian llenado de terror. La casa estaba muy cerca de la costa del mar, y tenia dos ventanas que daban frente á él; de un costado un monton de turba, y del otro un techo para los cerdos. Los contravientos estaban cerrados para preservar las ventanas; pero por entre las hendiduras Amanda vió luz y se convenció de que estas gentes aun no estaban acostadas. Temia comparecer demasiado repentinamente á los ojos de su padre, y se detuvo á la puerta para pensar un medio de ahorrarle una sorpresa demasiado fuerte. En fin se determinó á golpear con poca fuerza, y en seguida se retiró algunos pasos penetrada de frio y empapada de lluvia. Abrieron, y apareció un muchacho á quien reconoció por hijo de estas pobres gentes: ella le hizo seña con el pañuelo; él titubeó un poco y temia acercarse, cuando llamándole por su nombre le aseguró, y aproximándose se admiró mucho de verla. Ella le preguntó noticias de su padre; el muchacho le dijo que estaba malo y que en este momento dormia. Le dijo ella que entrase primero, y previniese á sus padres que no hiciesen ruido cuando entrara. El ejecutó sus órdenes y ella entró.

Amanda encontró al padre de familia soplando un fuego de carbon de turba, sobre el cual habia una grande marmita de patata. Tres niños androjosos estaban al rede-

dor, esperando con impaciencia su cena; su madre hilaba, y la abuela hacia el pan. El aposento era pequeño y embarazado. La mitad de la familia se acostaba en el piso inferior, y la otra en un camaranchon, al que se subia por una escalera, y en el cual una numerosa volateria se recojía familiarmente y cloqueaba al menor ruido que se hacia. El aposento que habitaba Fitzalan estaba separado al piso de tierra por un ligero tabique de tablas, entapizado de crucifijos é imágenes de santos.

Seais bien venida, mi buena señora, dijo la dueña de la casa á Amanda. Brine se levantó, y le ofreció su pequeño taburete cerca del fuego; su muger olvidando las obligaciones que tenia á Amanda parecia creer que no le debia los mismos respetos que cuando Mr. Fitzalan habitaba en el castillo; pues no se levantó, ni interrumpió un momento su labor.

¡Conque mi pobre padre está malo? dijo Amanda. ¡Ah! ¡ah! dijo ella dando vueltas al torno, el capitan ha tenido malos ratos: ciertamente su fortuna ha cambiado mucho; pero las gentes de vuestra especie deben esperar esto, lo mismo que nosotros los pobres; y yo no sé por qué esto deba suceder de otra manera, supuesto que somos de la misma pasta que ellos. Nueva, le dijo Brine, yo me admiro de que hablais así á esta pobre señorita.

El corazón de Amanda estaba oprimido de dolor; ella se sentía sofocada, se levantó, abrió la puerta y encontró algún alivio en respirar el aire fresco, y en dejar correr sus lágrimas. Pidió después un vaso de agua. El vaso no era cosa que pudiese procurársele fácilmente. Brine le dijo que le sería mejor beber un jarro de leche; pero lo rehusó y le trajeron el agua.

Amanda superó su repugnancia de hablar á la impolítica Mistris Brine, y le consultó sobre el mejor modo de presentarse á su padre. Mistris Brine le dijo que estaba en cama de algún tiempo á esta parte; pero no había tenido sino un sueño interrumpido; que ella entraría en el aposento, y vería si estaba despierto. Entró en efecto, pero salió diciendo que dormía aun. Amanda deseó verle durmiendo para juzgar mejor de su estado: con este fin se adelantó poco á poco en el aposento. Este era pequeño y bajo, alumbrado por la débil luz de una vela, y por un poco de fuego medio apagado. Los muebles eran pobres; en un rincón había una camita de madera sin cortinas, y sobre este ruin lecho, y bajo miserables abrigos estaba echado el desgraciado Fitzalan.

Amanda se estremeció poniendo la vista al rededor del aposento, y en este aparejo de miseria. ¡O padre mio! se decía á sí misma, ¡es este el solo asilo que habeis po-

dido encontrar! Se acercó á la cama, se inclinó y examinó su cara. El estaba pálido y flaco, su respiracion durmiendo era un gemido, como si su alma hubiera estado oprimida de sus males hasta en el sueño; en un instante hizo algunos movimientos, suspiró y dejó comprender estas palabras: Amanda, mi querida hija, ¿no te volveré á ver mas?

Amanda se apresuró á salir del aposento para ceder á su conmocion, y evitar el sorprender á su padre. Ella sollozaba, torcía sus manos, y en la amargura de su corazón decía: ¡Ah! ¡he llegado demasiado tarde para salvarle!

Próntamente después oyeron que Fitzalan se había despertado del todo: Mistris Brine entró y le notició con algunas precauciones, que Amanda había llegado. Dios sea loado, dijo él de modo que lo oyó Amanda; ¡mi querida hija ha vuelto! Ya podreis entrar, dijo Mistris Brine á Amanda. Esta corrió á él. Fitzalan estaba sentado con los brazos abiertos para recibirla, y ella se arrojó á ellos. Ni uno ni otro tuvieron palabras para expresarse lo que sentían; pero las lágrimas, mas elocuentes que el lenguaje hablaron por ellos. Fitzalan fué el primero que pudo explicarse. Mi súplica, dijo, ha sido oída; el cielo me ha devuelto á mi hija para aliviar mis penas en la cama del dolor, y endulzar mis últimos momentos!

¡O padre mio! exclamó Amanda, si vos teneis piedad de mí, apartad esas horribles idéas. Alentaos por amor de vuestra hija que en este mundo desierto para ella solo tiene á vos por apoyo, por consolador y por amigo. ¡Oh! sí, hija mia, por amor vuestro en efecto quisiera que estos tristes momentos fuesen mas léjos de lo que son.

El miró á su hija con atencion, observó su semblante abatido, sus facciones alteradas, su color marchito, sus rasgos prostrados, y apretándola contra su seno le dijo: El mundo, mi querida hija, os ha tratado bien cruélmemente. ¡Oh! sí, dijo Amanda.

Bien, hija mia, el pensamiento del otro mundo, en donde la inocencia y la virtud encuentran su recompensa, os consuele de las injusticias de este. Aquí ellas muchas veces nos dan á probar la adversidad para purificarnos, como el oro con el fuego: que esta idéa sostenga vuestra resignacion y vuestro ánimo en las pruebas á que Dios quiera someteros. Jamas olvideis que solo por su voluntad os llegan las calamidades que os hieren; sufridlas acordandoos de la seguridad que os da, de que vuestra sumision y vuestra paciencia serán recompensadas; que enjugará vuestras lágrimas, y os hará triunfar de la muerte.

Aunque soldado desde mi juventud y viviendo en medio de la licenciosidad de los

campamentos, jamas he olvidado al autor de mi sér, y me hallo bien con ello en el dia. Mis amigos me abandonan, el mundo me desdeña, la enfermedad y el disgusto me oprimen; pero la religion me sostiene y me consuela de lo que he perdido, endulza la memoria de lo pasado, abriéndome la perspectiva de un feliz por venir.

Escuchando los religiosos discursos de Fitzalan, Amanda sintió que se le calmaban sus agitaciones. Sus vestidos estaban mojados. Su padre exigió de ella que se los mudase. En el paquete que le habia dado Eleonor, habia ropa blanca y un vestido casero de tela de algodón. Ella se vistió en un pequeño gabinete, ó mas bien en un chiribitil contiguo al aposento de Fitzalan. Encendieron un gran fuego, se pusieron mas luces, y sacaron pau y vino de un pequeño bufete que era para el uso de Fitzalan. Su hija comió y bebió, y él mismo tomó de su mano un vaso de vino. El dijo que ya la esperaba de un dia á otro, y que ya habia mandado poner una cama y ropa para ella, y que esperaba que se contentaria con el pequeño gabinete por aposento.

¡Ah padre mio! ¿cómo podreis creer que yo no me hallaré bien á vuestro lado en cualquier parage que sea? Ella le manifestó el pesar de haber turbado su reposo. ¡Oh! no, esta interrupcion no me ha sido

desagradable: y me ha hecho cesar un sueño penoso y agitado.

Lord Cherbury, dijo él á su hija, me ha escrito una carta que me ha traspasado el corazon. Me acusa de haber trabajado en casaros con Lord Mortimer, de haber trastornado sus miras, y de haber abusado en esto de su confianza y amistad. Yo me he indignado de estas injustas reconvençiones; pero como no las he merecido, me he determinado á responderle al momento, que él habia dado crédito á una calumnia, que le devolvía la plaza que tenia suya, no pudiendo en adelante tener cosa alguna de un hombre que podia creerse capaz de tal bajeza y falsedad. Mis cuentas estaban bien arregladas. Mi intencion era ir á llevarlas yo mismo, y sacar á mi Amanda de una casa en que experimentaba tan malos tratamientos como los que yo acababa de sufrir, y que habia merecido ménos que yo. Una enfermedad violenta y repentina me ha impedido ejecutar mi proyecto. He escrito á Lord Cherbury instruyéndole de mi resolucion, haciéndole pasar mis cuentas y los atrasos que le debia. Os he escrito al mismo tiempo enviando una pequeña letra de cambio para los gastos de vuestra vuelta aquí, y me he retirado del castillo, creyendo que una residencia mas larga habria desgradado mi carácter, haciendo creer que conservaba al-

gun deséo de volver á tomar un empleo que rehusaria cuando Lord Cherbury me le ofreciese de nuevo; pues me creeria culpable de una vileza, recibiendo un beneficio de quien duda de mi probidad. Prefiero mi pobreza á una comodidad que compraria perdiendo mi propia estimacion.

Amanda conoció por la relacion de su padre, que ignoraba todo lo que habia sufrido en los últimos dias, y que creia habia venido consecuente á la carta que le habia escrito al mismo tiempo que á Lord Cherbury. Ella resolvió no desengañarle, á lo ménos ántes de que estuviese mejor.

La noche estaba muy adelantada. Fitzalan viendo á Amanda enferma y fatigada, la instó á que se fuese á acostar; Mistris Brine la ayudó á desnudar, y le trajo una hortera de suero, que le daría, segun dijo, un buen sueño, le sacaría la calentura, y la pondria en estado de cuidar á su padre.

Sin embargo, su sueño estuvo muy léjos de ser apacible. Fué turbado por horribles imágenes, en las cuales vió la figura pálida y flaca de su padre paciente; y cuando se despertaba, oía sus gemidos, que eran otras tantas puñaladas. Ella se levantó dos ó tres veces creyendo que tenia necesidad de algun socorro y le encontró durmiendo, lo que la convencia de que era víctima de un dolor moral, tanto como de